

# **La comunión**

Una estrecha relación con Dios

Biblicom

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

1 - Estar cerca de Jesús . . . . .	3
2 - Caminar con Dios . . . . .	4
3 - Permanecer cerca del Señor y permanecer en Él . . . . .	5
4 - Hablar con Dios –ejemplos de la Escritura . . . . .	6
5 - Compartir una comida . . . . .	7
6 - ¿Cómo podemos definir qué es precisamente la comunión? . . . . .	9

«*María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra*»  
(Lucas 10:39)

«*Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor*» (1 Cor. 1:9)

## 1 - Estar cerca de Jesús

En 1972, cuando salió una de sus novelas, se pidió a un escritor francés, Gilbert Cesbron (1913-1979), que rellenara un cuestionario psicológico, el “Cuestionario Proust”. A la pregunta: “¿Cuál sería mi mayor desgracia? Respondió: “No vivir más en la cercanía de Jesús de Nazaret”. Unos años más tarde, tras la publicación de una nueva novela, se le pidió que volviera a rellenar el cuestionario. Su respuesta a la misma pregunta fue: “No vivir más en compañía del Cristo de Nazaret”. ¡Qué constancia! El novelista nunca había ocultado su fe, y todos sus libros estaban imbuidos de ella.

«Vivir en la cercanía de Jesús», o «vivir en compañía de Cristo», la Biblia llama a esta comunión con el Señor. Una vida así presupone, en primer lugar, que uno ha creído en Jesucristo y que a través de Él se ha recibido el perdón de Dios. Pero la comunión es mucho más que eso, es conocer al Señor como Aquel con quien tengo una relación viva de cercanía, aquel a quien permito intervenir en mi vida. La Biblia utiliza varias imágenes para evocar la comunión:

- caminar con un amigo y hablar con él;
- pasar algún tiempo en su casa;
- dialogar intercambiando pensamientos y sentimientos;
- compartir una comida con él.

Todos podemos expresar esta petición: Señor, dame este deseo de vivir a tu lado, Te necesito.

## 2 - Caminar con Dios

*«Anduvo Enoc con Dios, y no fue hallado, porque le tomó Dios» (Gén. 5:24)*

*«Andad como hijos de luz... comprobando lo que es agradable al Señor... entended cuál es la voluntad del Señor» (Efe. 5:8-9, 17)*

Con un amigo, hablamos de muchas cosas mientras caminamos hacia su lugar de trabajo. Cuando llegamos cerca de la entrada de su oficina, nuestra conversación a menudo está lejos de terminar, pero sabemos que puede continuar al día siguiente. Caminamos juntos, compartiendo nuestros pensamientos; tenemos «comuni3n» uno con el otro.

Al principio de la Biblia se menciona a un hombre, Enoc, cuya vida se describe en solo unas pocas frases; pero dos veces leemos que «anduvo con Dios» (Gén. 5:22, 24). Así, Enoc estaba en comuni3n con Dios, era como si caminara, hablara y conversara con Él. Y un día, un hecho misterioso, ya no fue encontrado, porque Dios lo había «trasladado para que no viese la muerte» (Hebr. 11:5). ¡Enoc había estado cerca de Dios durante 300 años! Y, al final, Dios se lo llevó con él para siempre. No era Dios quien caminaba con él, era él quien caminaba con Dios (eso es otra cosa); había acuerdo de pensamientos, de conducta y de propósito entre ellos. Su arrebatamiento coronó su bella conducta en la que había sido enseñado por el mismo Dios. El camino del Señor con Dios es el modelo absoluto del camino cristiano.

Otros creyentes también caminaron con Dios: por ejemplo, Abraham, que es llamado «amigo de Dios» (2 Cr. 20:7; Is. 41:8; Sant. 2:23).

Caminar con alguien permite hablar con él. «Caminar con el Señor» significa tratar con él en todas las circunstancias de nuestra vida. Significa buscar su voluntad, hacerle preguntas y esperar sus respuestas.

¿Puede Dios caminar con nosotros? ¿Estamos de acuerdo con él? Nuestro paso por la tierra, puede resumirse con estas palabras: ¿Él (o ella) caminó con Dios?

### 3 - Permanecer cerca del Señor y permanecer en Él

*«Si alguno me ama, guardará mi palabra. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan 14:23)*

*«Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor» (Juan 15:9)*

**Juan 1:35-39:** Dos discípulos siguen a Jesús. Se da la vuelta y les pregunta: «¿Qué buscáis?» Le dicen: «¿Dónde moras?» y Jesús los invita a venir cerca de él. Estos dos discípulos querían la compañía del Señor para poder escucharlo, cuestionarlo y beneficiarse de su intimidad.

**Lucas 19:2-6:** Zaqueo también quería conocer a Jesús: quería saber «quién era». Así que subió a un árbol al lado del camino y vio a Jesús venir. Sobre todo, Le oyó decirle: «Zaqueo, date prisa y baja, porque hoy tengo que quedarme en tu casa». Inmediatamente recibió a Jesús en su casa, con alegría.

Para nosotros, los cristianos, la comunión con el Señor es, en efecto, «permanecer con él». De esta manera podemos estar, por la fe, cerca de Él, orándolo y leyendo su Palabra.

También podemos buscar la comunión de los creyentes en las reuniones cristianas donde el Señor ha prometido su presencia (**Mat. 28:20**). Su Espíritu nos hace experimentar su presencia cuando vivimos en obediencia a su Palabra, cuando «guardamos» su Palabra (véase **Juan 14:23**).

En la tierra, el Señor hacía la voluntad de su Padre siendo siempre consciente de su amor. Nos invita a hacer lo mismo. De esta manera nuestra alegría será «completa» (**Juan 15:10-11**), nuestra vida reflejará algo de su carácter, y Dios será honrado.

Jesús dijo a sus discípulos: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como no puede el sarmiento llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco podéis vosotros, si no permanecéis en mí... El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto» (**Juan 15:4-5**).

El comentario de H. Smith sobre este pasaje es el siguiente:

¿Qué debemos entender con estas palabras del Señor, «Permaneced en mí»? Sugieren caminar tan cerca de Jesús que el alma encuentre su deleite en toda la belleza

de su Señor. Permanecer en Cristo implica que el corazón está en comunión con Él, se regocija al confiar en él y aprender de él. Sobre todo, permanecer en Cristo implica una vida vivida bajo la influencia de su presencia, experimentada por la fe. Es caminar sabiendo que él escucha nuestras palabras, ve lo que hacemos, y conoce nuestras penas. Permanecer en él es caminar bajo su bendita influencia.

Permaneciendo en Cristo daremos fruto, y este fruto, del que habla el Señor, se produce cuando su propio carácter se manifiesta en la vida de los creyentes. El hecho de reflejar los maravillosos caracteres de Cristo, incluso de una manera débil, es un fruto producido para el Padre y un testimonio para el mundo. El propósito esencial de nuestra vida terrenal en este mundo de tinieblas es, por lo tanto, resplandecer «como lumbreras» (Fil. 2:15), reflejando algo de la belleza del carácter de Cristo. Nunca mostraremos el carácter de Cristo simplemente por nuestros propios esfuerzos para ser como él. Más bien, si buscamos su presencia y nos ponemos bajo su guía permaneciendo en él, seremos transformaremos gradualmente a su imagen (2 Cor. 3:18).

Podemos poseer un don, tener mucho conocimiento y celo. Sin embargo, esta verdad permanece: «Separados de mí (del Señor) nada podéis hacer» (Juan 15:5). Un don, el conocimiento y el celo no son sinónimos de poder. Estas cosas no nos hacen capaces de vencer a la carne, de decir no al mundo, o de escapar de las trampas del diablo. Por lo tanto, si nada podemos hacer sin Cristo, busquemos a permanecer en Él y temamos avanzar un día, dar un paso, sin Él.

## 4 - Hablar con Dios –ejemplos de la Escritura

(El joven Samuel respondió a Dios:) «*Habla, que tu siervo escucha*» (1 Sam. 3:10)

«*Jehová hablaba con Moisés cara a cara, cual suele hablar un hombre con su amigo*» (Éx. 33:11)

«*Boca a boca hablaré con él; manifiestamente, y no por medio de símiles*» (Núm. 12:8)

Citemos algunos ejemplos de diálogos:

- Jehová dijo a Abraham: «No temas Abram, yo soy tu escudo, tu galardón... grande»

(Gén. 15:1). Abraham, que no tenía hijos, respondió: «¿Qué me darás, cuando ando sin hijos...?» (v. 2). Entonces el Señor le dice que realmente tendrá un hijo. Luego lo saca y le dice: «Mira hacia los cielos, y cuenta las estrellas... así será tu simiente» (v. 5). Al principio, Jehová no le dice lo que quiere darle, sino lo que quiere ser para él: es lo más elevado que hay. Esto está relacionado con el rechazo de Abraham a tomar algo del mundo (Gén. 14:23). Esta relación empuja al patriarca a expresar lo que tiene en el fondo de su corazón, lo que siente en secreto.

- Moisés está en la tienda de la asignación en una comunión como nunca había conocido con su Dios. Consciente de ser un objeto de gracia, suplica a Jehová que extienda esta gracia a todo el pueblo (Éx. 33:12-16). Jehová responderá a su oración.

- El apóstol Pablo soportaba un continuo sufrimiento físico, así que una vez le rogó al Señor que lo sanara. No se nos da la respuesta, pero sabemos que el apóstol rogó una segunda y tercera vez. Solo entonces podremos escuchar la respuesta divina: «Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12:9).

- Jesús habla de su regreso. Entonces con el Espíritu, la Iglesia, su esposa, grita: «¡Ven!». Entonces el Señor responde: «Sí, vengo pronto». Y la Iglesia responde a su vez: «¡Amén, ven, Señor Jesús!» (Apoc. 22:16-20).

Estos diálogos muestran lo que es la comunión con Dios. Escuchando al Señor, orando, meditando su palabra, intercambiamos con Él –esto, por supuesto, si lo hemos recibido de antemano en nuestras vidas. A veces el Señor nos habla y nos interpela de una forma u otra. Podemos entonces también responderle: «¿Habla, Señor, que tu siervo escucha?»

## 5 - Compartir una comida

(Jesús dijo:) «*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*» (Apoc. 3:20)

Comer juntos a menudo tiene un valor simbólico, ya que la comida es un momento privilegiado para el intercambio.

Así, varios pasajes de la Biblia muestran que las comidas son una oportunidad para la conversación, el intercambio y la comunicación mutua, pero también para la

reconciliación y el pacto:

- Dios honra a Abraham llamándolo «su amigo» (ver citas anteriores); es un modelo de comunión. Como tal, lo visita (**Gén. 18**) y quiere darle a conocer sus intenciones con él (v. 9-15), y con el mundo (v. 20-21). El patriarca le responde con una libertad confiada que no excluye el respeto. El alegre afán con el que recibe a sus invitados revela el estado de su corazón: conoce a su Dios, ha probado «que el Señor es bueno» (**1 Pe. 2:3**). ¡Qué intimidad entre Dios y el patriarca!

- Labán y Jacob hicieron un pacto juntos, estableciendo un límite entre ellos por un monumento de piedras (**Gén. 31:45-48**). Jacob ofreció entonces un sacrificio en la montaña para dar gracias a Dios, y luego invitó a Labán y a los que le acompañaban a comer, como señal de su acuerdo (v. 54).

- Junto con su marido Elimelec, Noemí se había ido de Israel a los campos de Moab (**Rut 1:2**). Cuando quedó viuda, tomó el camino de regreso con sus dos nueras moabitas. Orpa la dejó. Rut la acompaña, haciendo esta elección de fe irrevocable (v. 16). Rut la espigadora se encontrará con Booz, un tipo de Cristo (2:3). Ella será invitada a su mesa, sentada con él junto a los segadores. Booz le ofrece su grano asado; su alma es alimentada y su corazón satisfecho (v. 14). La comunión encontrada en la mesa de Booz no le hace olvidar su tarea. Ella saca nueva fuerza y actividad de esta comunión, con resultados más abundantes y bendecidos que antes. Para ser eficaz, el trabajo para el Señor debe fluir de esta preciosa comunión y de lo que hemos recibido para nosotros mismos.

- Mefiboset, un lisiado, estaba llenó de su indignidad: se llama a sí mismo «perro muerto» (**2 Sam. 9:8**). Esperaba, asustado, un juicio. Sin embargo, el rey David le muestra una gracia única: se le busca, se le llama por su nombre, se le tranquiliza, se le enriquece, se le invita como miembro de la familia real a la mesa del rey (v. 11). Al final se ocupa de él para siempre.

Este valor simbólico de la comida es particularmente claro cuando se comparte con el Señor mismo. Entonces nuestra comunión con él se expresa, como muestran varias escenas de los Evangelios:

- En el capítulo 13 de Juan, vemos al Señor interrumpiendo la comida para lavar los pies de sus discípulos. Si los creyentes son lavados una vez por todas por la sangre de Cristo, también necesitan ser limpiados de la mancha de su caminar diario, de lo contrario su comunión con el Señor –una «parte» con él (v. 8)– se interrumpe. La Escritura nos revela el lugar especial del discípulo Juan cuando el Señor vuelve a

la mesa: estaba «recostado sobre el pecho de Jesús», «recostándose sobre el pecho de Jesús» (v. 23, 25) –en su lugar natural, tan cerca del Señor como sea posible. Disfrutaba de la comunión con Jesús y recibía la respuesta a sus peticiones.

- El día de su resurrección, Jesús caminó con dos discípulos, pero esperó a que le invitaran a quedarse con ellos. Luego, a la hora de la comida, se les abrieron los ojos y lo reconocieron como el Señor resucitado (**Lucas 24:36-39**). El Señor quiere hablar con nosotros, llama a nuestra puerta, se rebaja a decir a cada uno: ¡Ábreme la puerta de tu corazón! –Pero no se impone a nadie que no desee su presencia: «Él intentó ir más lejos», y fueron los discípulos los que le obligaron a quedarse con ellos, diciendo: «Quédate con nosotros...» (v. 28-29).

- Jesús pidió a dos de sus discípulos, Pedro y Juan, que prepararan la Pascua. Todo lo que tenían que hacer era seguir a un hombre que llevaba un jarro de agua, imagen del Espíritu Santo (**Lucas 22:8-12**). Son conducidos a una «gran habitación alta, ya dispuesta». Cuando llegó la hora, el Señor se sentó a la mesa. Él mismo ha «Mucho he deseado comer con vosotros esta Pascua» antes de sufrir (v. 15). Al final de esta comida, el Señor instituyó la Cena.

Esta comunión con el Señor se experimenta particularmente durante un culto donde se celebra la Cena (**1 Cor. 10:16**). Hay comunión entre ellos –«horizontal»– que une a los que participan en ella: comparten los mismos privilegios en relación con el Señor y están unidos. Existe también, e incluso, sobre todo, la comunión «vertical» que une a cada uno con el Señor en el cielo, y que une al conjunto (imagen de la Iglesia) con Cristo (el Esposo). La Cena del Señor es el recuerdo de Aquel que se entregó por nosotros. ¡Qué feliz es de poder participar en ella!

## 6 - ¿Cómo podemos definir qué es precisamente la comunión?

«Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1:3)

Aquí hay un comentario de C.H. Mackintosh sobre el versículo anterior:

Pocos términos se usan tanto y tan poco comprendidos como **comunión**. A menudo expresa simplemente el hecho de ser contado entre los miembros de una confesión

religiosa –lo que no es garantía de vivir la comunión con Cristo o una verdadera devoción a Él. Si todos los que se llaman a sí mismos en **comunión** se comportaran realmente como hombres de Dios, las cosas serían muy diferentes.

¿Pero qué es la **comunión**? Es tener un objeto común con Dios, y disfrutar la misma parte. Ese objeto, esa parte, es Cristo –conocer a Cristo, regocijarse en él a través del Espíritu Santo. ¡Es la comunión con Dios mismo! Qué privilegio: se nos concede tener una parte común y un objeto común con Dios mismo. ¡Regocijarnos en Aquel en quien Dios se complace! Nada hay más precioso. Ni siquiera en el cielo tendremos más que esto. Nuestra condición será muy diferente: habremos terminado con nuestros cuerpos de pecado y de muerte, y habremos revestido un cuerpo de gloria. Pero en la medida en que nuestra comunión es real, ella es ahora, como lo será entonces, «con el Padre y con su Hijo Jesucristo» –«en la luz», y por el poder del Espíritu Santo.

Solo en la luz se puede disfrutar de la verdadera comunión cristiana. Cuando cada uno de nosotros camina con Dios, en una relación personal con él, realmente tenemos comunión unos con otros. Esta comunión consiste en un verdadero goce de Cristo, en el corazón, como nuestro único objeto, nuestra parte común.

Veamos que esta parte feliz con Cristo no se perturbe, sino que se mantenga.